Max Gill

SIOCHAN

[ʃiːxaːnʲ]

Reporte paranormal

A los ciudadanos y ciudadanas de Belfast,

esta ofrenda de amistad

El oficial Harlan tenía a Belfast tomada de la cintura.

En la madrugada, la ciudad con su puerto descansaba en los firmes brazos de su protector. Frente a sus ojos, Forth River Mill se alzaba dominante rodeada por las casas de sus empleados y obreros. Una madre acunando a sus hijos e hijas, y la paternal figura de un oficial de policía velando por su seguridad, acompañaban los sueños de los vecinos de aquella parte de la capital del Ulster.

Y como quien está seguro del amor de la damisela que se deja cortejar en su balcón, así caminaba el esbirro por Norfolk Street cuando el ladrido de un perro casi en la esquina con David Street, y el movimiento de un bulto a lo lejos llamaron su atención.

La sombra se deslizaba como si no tuviera los pies en el suelo pues ningún sonido se oía de zapatos.

- Alto! Quién vive? – gritó pero no recibió respuesta ni vio

que aquel a quien perseguía volviera siquiera la vista hacia él.

- Eh, tu! Detente! Policía!

El oficial echó a correr para alcanzar al extraño viandante que avanzaba muy lentamente primero doblando la esquina de David Street y luego por Conway hacia el norte bordeando la hilera oriental de casas.

De pronto se detuvo, primero la sombra y luego, algo más atrás, también el agente de policía.

- Alto, te digo! Detente o disparo!

La misteriosa silueta permaneció en donde estaba sin hacer un solo ruido, sin tampoco intentar escapar o despegarse siquiera de la pared. Como si todo esfuerzo fuera inútil y no hubiera otra posibilidad más que entregarse y esperar clemencia del oficial de la Comisaría Real de Ulster.

- Ladrón! Intruso! Lo que seas, ya eres mío, ya te tengo. No tienes manera de escapar y lo sabes!!

Pero cuando el agente de policía estuvo a menos de dos metros de distancia de su presa y extendió los brazos para asirla, la oscura cabeza sin rostro que se mantenía erguida, solo ella separada de la pared donde descansaba su cuerpo o bien el resto de su negra figura, se encendió como la cabeza de un fósforo y despidió un haz de luz desde donde debía estar el rostro, fulgor que enceguеció y aturdió a Harlan, quien cayó de espaldas emitiendo un grave sonido, un grito entre dientes.

- Pedazo de... A mí con esas!!

Pero cuando se levantó la figura había desaparecido y la calle apareció ante sus azorados ojos otra vez desierta y tranquila como si nada la hubiera perturbado. Las torres de Forth River Mill lo observaban, silenciosas, burlescas.

Le costó al oficial Harlan convencerse, y no pudo hacerlo del todo, de que no era la luz de una linterna la que ese ser había proyectado sobre su rojiza faz, sino algo más potente y que provino de la cabeza del esquivo vagabundo nocturno.

¿Pero, de qué manera era posible? ¿Qué clase de entidad tenía semejante poder, a la vez de ocultarse en la más negra oscuridad y de emitir una potente luz desde su propio interior? Además, ¿qué hacia allí, oculta? ¿Qué o a quién buscaba? Porque huir, no parecía huir de nadie ni temerle a nada.

El infortunado agente de policía sentía haber sido derrotado por una

fuerza muy superior a la suya.

- ¿Quién me va a creer ésta?, se decía. – Me llamarán loco, trasnochado, si no me tildan de borracho y embustero.

Por esa razón no llamó a nadie ni comentó este asunto con nadie en la comisaría, ni tampoco en su casa. Nadie lo hubiera tomado en serio, aunque su historial era intachable y su reputación de hombre honesto y creyente hubiera sido incongruente con una historia exagerada a propósito para impresionar ni con un disparate que diera lugar a dudas acerca de su sanidad mental, después de años de fiel servicio a la comunidad en las horas de descanso de sus conciudadanos.

El mayor problema era que el oficial Harlan no estaba seguro siquiera de lo que él había visto. Lo que él creía recordar no era posible, era irreal. Y aquello de lo que intentaba convencerse, la explicación que se daba a sí mismo, no era satisfactoria. No le alcanzaba.

Sólo podría resolverse el dilema de una manera y era con la respuesta a otra pregunta: ¿era él el único que había visto a este espectro? ¿Se le había aparecido única y exclusivamente a él?

Así como aquel resplandor le dejó los ojos irritados durante varias horas, el recuerdo de lo ocurrido permanecía en su mente al cabo de varios días. Aunque intentara olvidarlo y por momentos lo consiguiera cuando las múltiples preocupaciones del servicio público y la familia dominaban su atención, en los instantes de inacción su mente volvía a repasar los detalles de aquel insólito encuentro. Más de una vez tuvo que despertarle de su estupefacción la voz de su esposa, Peggy, cuando sentados a la mesa o frente a la chimenea ella advertía que no la estaba escuchando o no respondía a sus preguntas.

- Lucius! Luke!

- Qué? Oh, si, si!

- Qué ocurre, Lucius? Algo te tiene atontado, hace varios días. Algún problema en la comisaría? Porqué no me cuentas?

- No, no, no es nada. Los muchachos han estado comentando detalles de un homicidio, algo bien extraño, bien... inusual, muy... misterioso – había respondido y volvía a sumirse en su cataléptico silencio.

Peggy, con todo lo buena que podía ser una mujer y lo afortunado que era de tenerla por esposa, no podría comprender sus dudas. Práctica y terrenal, para ella el asunto hubiera tenido una sola explicación, la que él interiormente también quería aceptar pero que a la vez una parte suya desechaba, y el asunto hubiera quedado concluido.

- Bueno, de eso no hace falta hablar, si no nos incumbe. Ya encontrarán al responsable y le harán pagar por ello. Aunque no traerá al muerto de vuelta a la vida. No reparará el daño, pero al menos se habrá hecho algo – decía mientras se quitaba el delantal para lavarlo.

Así las cosas, a Harlan no le quedaba otra opción que aceptar que lo que había visto era lo que sea que fuera, y esperar no encontrarse nunca más con un ser semejante.

Días más tarde, y cuando este asunto estaba quedando más y más rezagado en sus pensamientos, se encontraba, como de costumbre en su patrullaje nocturno, cuando al pasar por la esquina de Bombay Street, un movimiento a lo lejos llamó su atención.

Pero en lugar de perseguirle hacia el interior de la calle, se quedó

parado en mitad de Clonard Garden, sudando a pesar del frío de la noche otoñal.

¿Debía acercarse al bulto que se escurría calle abajo? ¿O esperar a que desapareciera?

¿Estaba seguro de que era el mismo espectro de la otra noche, o era algo diferente, quizás esta vez sí un ladrón o un ebrio vagabundo?

Se decidió en pocos segundos, al comprobar que la sombra se dirigía al otro extremo de la calle, a realizar una retirada estratégica.

Como esta calle describe un ángulo, y a su vez es atravesada por otra calle perpendicular en su vértice, lo que el agente Harlan hizo fue dar la vuelta hacia el sur, el oriente y luego otra vez por la calle de través hacia el norte. Si el espectro se encontraba en el mismo lugar, o en el otro lado del ángulo, podría verle más de cerca, sin exponerse. Si no le veía, se habría al menos librado de otra experiencia igual de desagradable.

Se ocultó a un lado de la última casa antes de llegar a Bombay Street y esperó. Esta vez podía sentir un murmullo y el sonido de los pies arrastrándose ligeramente por la acera. Salió por un momento de su escondite para poder ver esperando no ser visto. La figura se acercaba hacia él.

- Alto ahí!!

La sombra avanzó aún más rápido y le dio un empujón que lo echó al suelo. Con todo, Lucius extendió instintivamente el brazo y alcanzó a tirar del manto del espectro. Ambos cayeron y rodaron por la vereda.

El oficial Harlan quedó tendido en el suelo, con dolor y vergüenza, incapaz de levantar sus noventa y tantos kilos de peso. Vio sobre él cernirse la sombra, y a la luz de los faroles pudo verle la cara.

Era una mujer de unos treinta años, de cabello castaño oscuro, y cuyo color de ojos no pudo distinguir. Vestía un abrigo demasiado grande para su pequeña contextura. Ella lo observó por un momento con expresión compasiva, y luego se alejó presurosa perdiéndose en la noche.

– Naoi!! - dijo la mujer agazapada tras un automóvil al joven que estaba de pie al borde de la acera. - Estás seguro de que es aquí?

– Si, si! - dijo él con un tono nada convincente. - Le vi la otra noche, como a esta hora. Bueno, le oí en realidad. La verdad, me escondí cuando sentí el galopar de los caballos.

– Bueno, le viste o no le viste? - respondió ella irritada. - Cómo sabes lo que era?

– Pues, al salir de donde estaba no vi nada, y recién había pasado. Si fuera una carreta ordinaria la hubiera visto. Pero estoy seguro de que era él, era el Recogemuertos!

– Como sea otra equivocación tuya te voy a... Silencio! - dijo ella, para sí misma en realidad. - Escucha!

Los dos se encontraban al oriente de Corrigan Park y con las caras vueltas hacia el caserío de Whiterock Gardens. Eran casi las doce de la noche. La mujer empezó a preparar su Kodak Vest Pocket y buscar el ángulo más apropiado para capturar la imagen, si era posible tal cosa, del mítico Recogemuertos, un carruaje del siglo XVIII que los vecinos de la zona aledaña al parque decían haber visto y oído corriendo a toda velocidad de norte a sur por las noches. Por su vecindad al cementerio, creían que este vehículo era medio de transporte para las ánimas deseosas de cambiar de aires y dar una vuelta por la ciudad o quizás visitar a sus familiares aún vivos.

Pero lo que oyeron fue el sonido de una patrulla de la RUC que venía

precisamente desde donde ellos esperaban ver al cochero fantasma.

– Alto ahí, ustedes!! Usted, señorita, de pie! - gritó un agente nada más descender del vehículo. - Qué están haciendo aquí? - dijo sin intención de recibir respuesta.

  Qué respuesta podían darles dos fotógrafos aficionados acerca de su ubicación entre el parque y las casas de Whiterock a altas horas de la noche? Más les valía someterse y dar las excusas pertinentes en la comisaría en Grosvenor Road.

No era por cierto el vehículo en el que ellos esperaban encontrarse, pero sí fue uno que se dirigió por el mismo camino y a igual espectral velocidad hacia su destino. Un lugar donde el aire era diferente pero no por eso más placentero.

Allí se les identificó y tomó declaración. Aunque la mujer, identificada como Siochán Delahanny, de veintiséis años, nacida en Ballymena, residente en Falls, era quien portaba la prueba del supuesto delito, los oficiales se concentraron en establecer la culpabilidad de Naoi, sólo Naoi, de alrededor de veinticuatro años, quien no recordaba su lugar de nacimiento, y cuyo domicilio era una carreta que compartía con su padre en Colin. Naoi parecía a sus ojos un consumado delincuente, mientras que Siochán podía pasar por una cómplice, una alocada jovencita que se dejaba llevar por mal camino.

Y por supuesto, la sospecha de que entre ambos existía algo más que cooperación para el crimen.

El oficial Harlan entró al recinto en el momento en que Siochan

estaba sentada en un escritorio firmando su declaración. Ella lo miró igual que lo hubiera hecho con cualquiera de los otros oficiales, pero él tras un momento de duda la reconoció y se dirigió hacia el escritorio.

– Qué hay, Dawes? - dijo al oficial que se hallaba del otro lado de la mesa.

– No mucho. La joven y su compañero fueron detenidos por espiar.

– A quién? Con qué fin?

– No lo sabemos. Pero la historia que cuenta la señorita es interesante.

Ella miró hacia el suelo, sintiéndose humillada. Fijó la mirada en los zapatos algo gastados del oficial Harlan mientras éste a su vez la observaba con curiosidad.

– No nos hemos visto antes?

– No, no creo – dijo ella.

En ese momento apareció otro oficial por detrás de Harlan y extendió un sobre al agente Dawes, y luego una cámara de fotos.

– Bien, señorita... Dellahanny, nos tomamos la libertad de revelar por usted las fotografías. No se aprecia nada fuera de lo común. No parece haber un objetivo más allá de tomar fotos de la calle. Pero lamento decirle que no han salido retratados los fantasmas que esperaba ver.

– Fantasmas? - dijo el agente Harlan, sorprendido.

– Así es. La señorita Dellahanny es una cazadora de espectros, no es así? Pero en este caso, no le ha ido nada bien. Bueno, eso es todo y es una lástima que no haya tenido éxito. Pero cuando vea algo, avísenos. Podemos ayudarle a detenerle.

Ella hizo un gesto de burla al oficial Dawes dando a entender la poca hilaridad de su discurso. El oficial Harlan vio al momento la oportunidad de exponer su propio caso frente a alguien que podía ayudarle, o al menos creerle.

– Yo llevaré a la señorita a su casa – dijo. Ella iba a responder pero él la detuvo con un gesto de la mano. - Sucede que mi hija... ella también quiere tener una cámara, y la señorita puede recomendarme alguna.

– Y Naoi? - replicó ella

– El joven que vino con usted? - respondió el oficial Dawes – El se quedará un tiempo más. Veremos si tiene otros antecedentes.

– Vamos, señorita, yo la llevo.

Siochan se levantó de la silla y caminó hacia la puerta detrás de Lucius.

Ya había amanecido.

– A qué se dedica usted? - le preguntó Peggy Harlan.

– Soy mecanógrafa. Actualmente trabajo para el Obispado. Redactando documentos de la Iglesia Católica. Este trabajo me

lo consiguió mi hermana Aoife que es monja. Y además escribo una columna para el Semanario Católico. "Los consejos de la hermana mayor". Sobre moralidad, para jovencitas. Sobre el largo de las faldas, lo malo que es fumar, la elección de un buen marido, cosas así. Se me da bien, creo, pero esto... - sonrió al agregar – esto de lo paranormal es diferente. Es irresistible.

– Y ha escrito algo sobre eso? - inquirió el oficial Lucius.

– Si, pero nadie quiere publicarlo. Una vez en Ballymena un periódico local difundió un par de mis fotos pero recibieron una avalancha de críticas. Que era sensacionalismo, que las fotos estaban trucadas. Nunca más quisieron publicar nada mío.

– Le gusta la mermelada, señorita...? Oh, no sé como se pronuncia su nombre.

– Se pronuncia Shee-hán. Pero puedes decirme Delly, por mi apellido, Dellahanny.

Prudence sonrió con un pedazo de pan tostado firmemente apretado entre los dientes.

– Son ustedes muy amables. Realmente tenía mucha hambre.

– Siempre da hambre después de un rato en la comisaría – bromeó el agente Harlan.

– Por eso se lleva una maleta de comida cada vez que va a trabajar- dijo la señora Peggy continuando la broma.

Realmente no parecía que la mesa la compartieran un oficial de la RUC con una mujer católica que había sido arrestada.

Prudence terminó su desayuno y se encaminó a la sala de estar para recoger sus libros.

– Tenemos unos minutos más y debemos volver a salir – advirtió Lucius a Siochan quien estaba impaciente a pesar de las bromas por saber por qué razón el oficial la había invitado a semejante banquete en su propia casa y con su familia. - Iremos hacia el lado de Broadway.

– En efecto – terció Peggy Harlan – Prune[*] asiste a la Broadway Primary School. Hacia allá debemos llevarla, y podemos dejarle donde usted prefiera.

– Muchas gracias – respondió tímidamente Siochan – pero prefiero acompañarles sólo hasta la escuela y luego caminar.

– Como guste! Vamos, Prune. Debemos estar allá a lo más en veinte minutos.

– Si, si, ya voy – rezongó Prudence desde el otro cuarto.

– Mientras tanto, señorita, de lo que necesito hablar con usted... - El agente Harlan se levantó y fue a la repisa a buscar papel y pluma -. Dice usted que se dedica a fotografiar seres sobrenaturales y cosas así.

– Bueno, a buscarles, encontrarles cuando puedo y fotografiar si acaso se dejan.

– Ha visto usted muchos?

– He visto cosas que parecían ser... Que no tenían explicación a primera vista, o bien que engañaban al ojo simple. Pero como

1 "Prune" significa "ciruela"

cosas o más bien seres en concreto, no podría decirle.

– Entiendo .

Lucius Harlan empezó a garabatear mientras hablaba, y de su mano salían trazos que iban formando lo que él podía dibujar con su poco talento artístico de lo que él recordaba haber visto. No precisamente el identikit más exacto. Pero algo suficientemente cercano a la imagen mental para que la joven pudiera darse una idea de lo que se buscaba.

– Ha visto usted algo así?

Siochan tomó la hoja de papel y alternativamente miraba hacia ella, hacia arriba buscando algún recuerdo y hacia el interrogador.

– Usted ha visto esto?

– Efectivamente, hace unos días. Pero no podía hablar salvo con alguien que me creyera y no me tildara de loco o mentiroso. Y por eso se lo cuento a usted, que es de lo menos seria y estrecha de mente que he conocido.

– Me parece... que me han hablado de esto, pero lo que es ver, nunca lo he visto con mis propios ojos. Creo... Sí. - dejó el papel sobre la mesa y las manos apoyadas en sus bordes. - Naoi. Él puede saberlo.

– El joven que llevaron a la comisaría junto a usted?

– Sí, precisamente. Recuerdo que él lo nombró una vez pero no recuerdo cómo se llama. Pero yo sé que él sabe.

– Bueno, vamos a preguntarle a él.

Tomó el aparato telefónico que se encontraba en la mesa contigua a

la entrada de la cocina y llamó a la comisaría. Un minuto después estaba de vuelta.

– Pues le han soltado un momento después que a usted. Parece que querían asustarlo un poco dejándole solo, pero no ha sido nada. Por supuesto, ustedes no han hecho nada más que vagabundear en la medianoche. Le recomiendo que vaya a su casa y duerma. Yo haré lo mismo cuando volvamos de dejar a Prune en la escuela y hacer unas compras. Ha sido una noche larga para ustedes y para mí. Pero deben venir... Digamos, mañana, para que resolvamos este misterio que les puede interesar tanto a ustedes como a mí.

– Yo puedo venir y guiarle hacia donde vive él. Él no querrá venir aquí a la ciudad al menos por unos días, después del chasco de anoche.

– Perfecto, como prefieran. Iremos mañana.

Efectivamente, Naoi vivía con su padre en un pastizal distante unos dos kilómetros de las primeras pendientes de la Montaña Negra, en una humilde casa de madera, rodeados de gallinas y gansos.

El agente Harlan detuvo su vehículo a unos cien metros de la cabina, y Siochan llamó a su amigo con un corto silbido, al que respondió Naoi volviendo la espalda hacia ellos y dejando en el suelo un repollo que estaba deshojando para alimentar a las aves. Estas se abalanzaron sobre la verdura y empezaron a picotear frenéticamente empujándose unas a otras para hacerse espacio.

Naoi era un joven que aparentaba entre veinticinco y treinta años, alto,

delgado, de ojos verdes, con cabello castaño lacio un poco largo en la parte posterior de la cabeza.

– Soy Lucius Harlan, de la RUC – dijo el agente.

– Oficial, bueno... pensé que lo de la otra noche había quedado aclarado.

– El señor Harlan no viene por eso – intervino Siochan. - Quiere hablar contigo acerca de un espectro.

– Pues, bueno, si, claro – respondió Naoi, más confundido aún -. No sé cuál es su interés en estas cosas, pero si puedo ayudarle, por supuesto!

El oficial Harlan extrajo de su bolsillo la hoja de papel en la que había dibujado al fantasma que había visto y la apoyó sobre el capó del automóvil.

– Ha visto algo así antes? - preguntó Lucius.

– Como ver, bueno, no lo he visto, pero esto – levantando la mirada hacia el cielo como intentando recordar, dijo – de esto he oído. Si no me equivoco, se llaman *mourners*. Son espíritus que custodian cuerpos sin sepultar. Eso es lo que he escuchado. Cuando hay por allí algún cadáver oculto, montan guardia a su lado. Como si quisieran avisar, o quizás también para no dejar solo al difunto.

– Interesante – dijo Harlan, quien no tenía conocimento de estos temas y debía, lo creyera o no, confiar en las palabras del joven.

– Lo ha visto usted? - preguntó a su vez Naoi.

– Si, de hecho, si, pero no he visto ningún cuerpo.

– Pues debe haberlo, para que esta cosa estuviera allí.

Prosiguieron la conversación mientras el padre de Naoi, un hombre de baja estatura con espesa cabellera y barba blancas, algo excedido de peso, salía a recibir a un visitante y lo acompañaba al interior de la casa.

– Ese es Seamus, mi padre – dijo Naoi. - Es herbolario. Prepara medicinas y tónicos. Los vende por encargo o en el mercado de Millfield.

Luego de un momento más de conversación se despidieron.

– Todo lo que dice suena convincente, pero no sé que piensa usted – dijo Harlan. - Usted le conoce mejor.

– A veces exagera en algunas cosas pero por lo general acierta. Y no tiene malas intenciones. Siempre está dispuesto a ayudar pero a veces le cuesta admitir que no sabe cómo.

Al llegar esa noche a la Comisaría, se enteró de que un cuerpo había sido encontrado en el interior de su casa en la calle y en la noche en la que Lucius Harlan vio al *mourner*.

– No lo supimos antes porque se trataba de un hombre solo al que nadie visitaba – le explicó el comisario. - El cuerpo estaba en descomposición. El olor alertó a los vecinos.

– Alguna señal de violencia?

– No hemos hallado ninguna pero si parece que hubo intoxicación. Envenenamiento. Creemos que puede haberse suicidado, porque no es concebible que un hombre solo haya sido

asesinado. Si el móvil fuera el robo, lo lógico sería que hubiera habido violencia pero, envenenar a un ermitaño para robarle, es muy poco práctico. Por lo que la conclusión por el momento es que no hubo intervención de un tercero.

– Feliz cumpleaños, Prune – dijo su padre y la besó muy afectuosamente.

Siochan también había sido invitada a la celebración. Saludó a la homenajeada con un abrazo y le entregó el paquete que llevaba en sus manos.

Al abrirlo, Prudence encontró una cámara de fotos.

– Ves? Es igual que la mía – dijo Siochan.

– La señorita Delly te enseñará a usarla – agregó su padre.

Prudence abrió el resto de los obsequios mientras su padre y Siochan siguieron conversando. Peggy Harlan estaba repartiendo las porciones de torta entre los invitados.

– Es cierto lo que dijo Naoi – dijo él. - Sí había un cuerpo. Solo que se descubrió después.

– Oh, que terrible! Morir así y quedar tirado sin que nadie se entere. Qué trágico – respondió ella con verdadera conmiseración.

– Parece haberse suicidado. Pero hay dudas, porque es un caso similar al de una semanas atrás. El mismo método, el mismo final. Cada cierto tiempo una persona decide terminar con su

propia existencia pero, dos personas en circunstancias tan parecidas y muertas del mismo modo, es algo que no deja de generar sospechas.

– Pero no hay evidencia que lo demuestre?

– No por el momento. Nada de violencia, ninguna enemistad conocida con nadie. Es poco probable que alguien se decida a envenenar a otra persona que no tiene contacto con el mundo exterior. Cómo llegaría hasta ellos en primer lugar?

Prudence interrumpió su conversación para pedir una fotografía con sus abuelos. Siochan y ella se sentaron a preparar la cámara.

Fue el oficial de la División Homicidios, Henry Sdredch, quien confirmó que un tercer asesinato se había producido bajo el mismo modus operandi.

– Y esta vez- anunció – tenemos un testigo, con el que hablamos anoche cuando fuimos a recoger el cadáver e inspeccionar la vivienda. Se trataba de otra persona sola, en este caso una mujer, pero a quien la vecina vio conversando con alguien en la puerta de su casa, el día del crimen. La hora de fallecimiento de esta mujer coincide aproximadamente con la hora en que este sujeto estuvo en su casa. Y en este caso también ha sido envenenada.

La conexión entre los tres casos ahora aparecía a su vista más o menos clara. Aunque no existiera evidencia que pudiera comprometer al sospechoso más allá de ese encuentro con la difunta.

– Por cierto – agregó el oficial Sdredch – me pareció ver a alguien atravesar el perímetro de seguridad una vez que lo hubimos instalado. Deben cuidar de que eso no suceda.

Dos oficiales que lo habían acompañado respondieron que en ningún momento nadie más que ellos estuvo allí a esa hora. Ni siquiera transeúntes, ni vecinos.

– Yo vi desde la ventana una figura de pie frente a la entrada. Por eso se los digo.

El oficial Harlan, que se encontraba en la sala y escuchó la conversación, pidió a Sdredch que le describiera el aspecto de esta persona o lo que fuera que él hubiera visto. Sdredch estaba intrigado por el interés de Lucius en ese detalle.

– Es un espectro – dijo el agente Harlan, y le repitió la explicación de Naoi.

Sdredch soltó una carcajada que hizo ruborizarse al oficial.

– Usted, amigo, cree en esas cosas? Yo no sabría decirle quién o qué era, pero no era nada de eso. Prefiero no hacer conjeturas.

– No son simples conjeturas. Yo igualmente vi algo así cuando estuve en David Street la otra noche.

– Admito que en The Falls se ven cosas muy extrañas pero no sé si tanto como para hablar de fantasmas o espectros.

Harlan no le respondió. Tomó un block de hojas y una pluma fuente y dibujó una vez más lo mismo que mostrara a Siochan.

– No creo que sea una coincidencia. En realidad es un mito. Se dice que este ser aparece cuando hay un occiso sin sepultar. Aunque en este caso admito que pasó relativamente poco tiempo.

– Y este personaje nos va a decir quién es el asesino? Debemos

detenerle para interrogarle?

– Si tan sólo pudiéramos – dijo Harlan con una amarga sonrisa. - Pero sabemos que conecta dos de los tres casos si no los tres.

– No deja de ser un detalle, una coincidencia. Pero que nos permite comenzar a establecer conexiones entre los tres eventos. Y si encontramos a este criminal, cosa que haremos, podremos cargarle los tres muertos.

“Pongan cuidado en no mirar de hilo en hilo a la persona con quien hablan, y jamás se distraigan, atentas siempre a lo que se les dice, contestando con afabilidad y agrado. Es muy común en las niñas la distracción y el desabrimiento cuando no hablan con personas de su gusto. Procuren, pues, sofocar en sí mismas esas antipatías que con mucha frecuencia ofrece la sociedad de personas importunas, para que pueda decirse con razón: "Esta niña es amable con todos".

“Esto sí que es difícil”, se dijo Siochan mientras pulsaba los botones de su máquina de escribir, sentada en la redacción del Semanario Católico, copiando notas que cierta distinguida señora experta en urbanidad y protocolo le había hecho llegar como sugerencia para su columna.

Al lado de la máquina había dejado una tarjeta postal de Melbourne,

Australia, firmada por sus padres y su hermana mayor, y una nota manuscrita de su hermana Aoife, quien pertenecía a la orden de las Hermanas de la Adoración. Decía la nota:

"Querida hermana: Te envío junto con ésta una tarjeta que papá, mamá y Mairead con mucho amor te hacen llegar.

Te advierto además que he oído que has estado descuidada en tus deberes. No quiero pensar que estás otra vez perdiendo el tiempo en la vana persecución de seres invisibles e inexistentes. Recuerda tu edad y tu privilegiada posición ante nuestro Señor. Que Él te guíe y te aleje de toda tentación.

Te quiere mucho tu hermana – Aoife"

Siochan se estiró hacia atrás en el respaldo de su silla y resopló con fastidio. Hasta el convento había llegado el rumor de que había sido detenida por merodear en mitad de la noche. Acaso entendería su hermana, y sabría apreciar, que esa circunstancia la había puesto en posición favorable frente a ciertos agentes de la RUC que investigaban una serie de asesinatos? Que su aporte eventualmente podría servir para señalar al autor?

Solo el hecho de haber pasado por una dependencia policial ya era motivo de una reprimenda de parte de su hermana. Lo que este hecho había desencadenado provocaría sólo mayores disgustos a la carmelita descalza, y más severas reprimendas de parte de las autoridades eclesiásticas hacia la mecanógrafa.

Siochan estaba decidida a continuar su colaboración en cuanto fuera necesario, contando con la ayuda de Naoi. Pero se prometió a sí misma ser más discreta y esforzarse aún más en el cumplimiento de sus labores, para convencer a su hermana de que sus palabras habían surtido el efecto esperado, al menos en apariencia.

El oficial Dawes transcribía a máquina la información obtenida por el agente Sdredch tras el interrogatorio al testigo que decía haber visto a la víctima en compañía de otra persona.

– Sexo: masculino, edad aproximada: cuarenta años. Cabello: castaño claro. Ojos: verdes. Piel: clara. Nariz redondeada, con fosas nasales pequeñas. Cara y mentón de forma más bien redondeada con pómulos marcados por afeitaduras. Sin barba ni bigote aunque aparenta crecer cubriendo toda la cara. Altura aproximada: seis pies. Contextura: más bien gruesa, con hombros anchos y brazos de porte normal, proporcional a su estatura.

– Tenemos suficiente información para realizar un retrato y luego comenzar la búsqueda – dijo el oficial Sdredch, quien se encontraba a su lado.

– Tenemos ya algún indicio, un hilo de donde empezar a tirar?

– No todavía, pero me interesa ese asunto "fantasma" del que hablaba Harlan. Por absurdo que parezca, al menos como lo presenta él, es algo que conecta si no los tres casos, al menos dos de ellos. Y estoy seguro de que existe una explicación. Volveré a hablar con él del tema.

– Lucius es un tipo muy inteligente, con buen olfato. Bastante bueno para un agente de patrullaje.

– Sí, a mí también me lo parece. Pero no es lo bastante "duro" para otra clase de trabajo. De todas maneras, es un recurso muy valioso en estos días en que las lealtades son siempre dudosas y cambiantes.

El día siguiente amanecía nublado y prometía ser lluvioso. El agente Harlan había terminado su turno y estaba pronto a volver a casa cuando le llamó Sdredch desde la oficina de Homicidios.

– Espero que pueda explicarme acerca de este asunto de los espectros. Yo no soy supersticioso ni nada pero empiezo a desear creer en estas historias. En realidad lo que quisiera saber es, de donde obtiene esta información? De algún libro, o alguna persona que conozca de estos mitos populares?

– En realidad tropecé con ello de casualidad. Recuerda aquella pareja que arrestaron por merodear en Whiterock? Los

cazadores de fantasmas? Por ellos supe acerca de esto. La muchacha me dio esta explicación para lo que yo vi, y el otro *traveller* me dijo el nombre. Les llaman Mourners.

– Interesante. Seguiremos ese hilo y esperemos que nos conduzca al culpable.

Henry Sdredch levantó de su escritorio una hoja de papel y al mirarla por encima de su hombro Harlan se detuvo, tanto tiempo como para que Sdredch se diera vuelta y le preguntara:

– Qué le ocurre?

– Yo he visto a ese hombre – respondió Harlan, con su cabeza aún procesando el recuerdo de la cara que se encontraba dibujada en la hoja. Luego de unos segundos lo había confirmado. - En Glen Colin.

Seamus volvía caminando de los campos aledaños a su casa cuando vio a los oficiales de la RUC frente a su puerta. Por lo general no tenía problemas con ellos por lo que no se asustó. Pensó que estarían buscando a alguien en la zona y vendrían a preguntar una dirección o datos acerca de una persona. Todo lo cual tampoco era frecuente, al menos no en los dominios de la Montaña Negra.

Reconoció en el oficial Harlan a quien había venido a hacer preguntas a su hijo acompañado de Siochan. Pero fue el agente Sdredch quien se adelantó para presentarse.

– De qué se trata, oficial? - inquirió.

– Buscamos a un sospechoso por homicidio y sabemos que ha estado en su casa.

– Homicidio? - repitió Seamus. - Nada tengo yo que ver con criminales. Aquí solamente vienen personas a comprar ungüentos y tónicos, cuando no me encuentran en el mercado.

– Precisamente, esta persona vino a verle a usted. Ha vendido usted alguna sustancia tóxica? Algo que pueda causar mal a alguna persona... usado indebidamente?

Seamus lo pensó por un momento y luego murmuró.

– Ohhh...

– Algo que decir? - preguntó Sdredch ejerciendo presión sobre Seamus al endurecer el tono de voz. Tanto él como Harlan se acercaron aún más al boticario, hasta casi rozar las puntas de sus zapatos.

– Oficial, le juro que... - elevó los ojos al cielo, restregándose las callosas manos, aún cubiertas de polvo – no tuve la intención...

– Si habla ahora, será mejor para usted. Es mejor que colabore.

– Se me acercó este hombre cuando estaba recogiendo mis cosas en el mercado, listo para irme. Me pidió un frasco de pesticida, y le dije que no vendía ese tipo de cosas. Insistió y, bueno, ofreció una suma importante si era capaz de prepararlo. No me interesaba mucho el asunto, pero sí el dinero. Por una vez fui codicioso, lo admito, y pensé que no me costaría mucho porque conozco de esas cosas aunque nunca las preparo.

– Y entonces? - preguntó Sdredch.

– Le dije que viniera a verme y así lo hizo. Y una semana después lo tuve listo. No quería que le llamara ni nada. Convinimos en vernos aquí mismo al cabo de siete días.

– Volvió usted a verle luego?

– Si, en el mercado, pero no se acercó siquiera a mi puesto. Estaba conversando con un hombre mayor, y cargando sus bolsas.

Los agentes de policía se miraron y asintieron.

– Tendrá que venir con nosotros.

Siochan y Naoi caminaban por Abercorn Basin observando los restos de barcos y los galpones abandonados que les interesaban más que el ajetreo de las naves que a todo vapor surcaban la ribera o la frenética labor de los estibadores que llevaban sacos y cajas de mercaderías de toda clase. Naoi ya sabía entonces que su padre había sido llevado a la estación de policía para ser interrogado acerca de su participación, fuera involuntaria como él lo decía o no, en esta serie de crímenes.

– Y ya han comprobado que los componentes del pesticida que él

preparó son los mismos que se les administraron a estas personas.

– Pero, como lo haría el asesino? Cómo envenenar a una persona en su propia casa frente a ella misma?

– Todos eran personas mayores. Por eso les elegía especialmente. Podrían ser personas con problemas de la vista, frente a las cuales se podría hacer cualquier cosa y difícilmente lo notarían. Además, me imagino que este hombre sabría ganar su confianza.

Naoi exhaló profundamente luego de decir estas palabras, como si le hubieran consumido su energía interior al decirlas. Miraba hacia el otro lado del río, mientras ambos estaban de pie frente a una escalera que bajaba hacia el lecho.

– Solo podemos esperar a que lo encuentren. Y se me ocurre una forma en que podemos ayudar.

La semana siguiente, Naoi y Siochan se encargaban de atender el puesto usualmente ocupado por Seamus en el mercado de Smithfield. Lucius Harlan y Henry Sdredch, por su parte, estaban apostados en las entradas del recinto observando a la muchedumbre. El lugar estaba abarrotado y las personas se movían con mucha prisa entre los pasillos. Los policías estaban tan entrenados en su oficio como Naoi lo estaba en el negocio de su padre, aunque era la primera vez que él debía atender al público y no Seamus como habitualmente lo hacía

con sol o con lluvia.

Nada extraño vieron hasta que cerca del mediodía un hombre vestido con un largo abrigo y sombrero, ambos de color café, pasó por el lado del agente Harlan, quien lo reconoció enseguida y con el periódico que llevaba en la mano hizo la señal convenida a Sdredch, quien se encontraba en ese momento en el extremo opuesto del corredor.

Lucius se mantuvo donde estaba mientras Sdredch disimuladamente comenzaba a seguirle.

Su objetivo se detenía a cada momento examinando todas y cada una de las tiendas y puestos, y miraba a su alrededor como buscando o esperando a alguien. Los dos agentes se mantenían a una distancia prudente para que él no se sintiese acosado. Mejor fuera que ni siquiera notara su presencia.

Siochan y Naoi le habían visto pasar frente a ellos. Él les miró con indiferencia, y ellos a su vez continuaban con su trabajo sin demostrar mayor interés en su persona.

No estaban seguros de que estaría allí, pero ahí estaba. Ninguno de ellos esperaba que actuara en aquel momento, y los agentes no se decidían a echarle mano por que no escapase y no le volvieran a ver. Fue un momento de tensión para los cuatro, y se notaba en sus rostros. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Él no sabía que estaba siendo observado, pero igualmente la forma en que se mezclaba entre la multitud y su postura daban cuenta de su intención deliberada de perder de vista a cualquier posible perseguidor. Y lo hubiera conseguido de no tener cuatro pares de ojos posados sobre su persona.

Giró sobre sus pies para dirigirse hacia una de las salidas cuando oyó detrás de él el sonido de una caja cayendo al suelo.

Harlan también lo oyó y comenzó a acercarse a paso lento.

Un anciano la había dejado caer, pues era evidentemente demasiado grande y pesada para él.

Sdredch, desde el otro extremo, le hizo una seña para que se mantuviera a distancia y dejara que se encontraran.

Efectivamente, el hombre del abrigo se acercó hacia el portador de la caja y le ofreció su ayuda. Intercambiaron algunas palabras y el anciano le señaló una de las salidas. Luego dio al otro una palmada en la espalda y avanzaron juntos. Harlan, entre la gente, caminaba detrás de ellos a varios pies de distancia.

Disimuladamente dejó el periódico en el puesto del herbolario, con lo que avisaba a Naoi y Siochan que debían seguirle. Sdredch se dirigió hacia el automóvil, donde esperó a los otros dos mientras Harlan seguía al sospechoso y su posible nueva víctima.

Ambos tomaron el tranvía en dirección al norte, y Harlan junto con ellos. Los demás los siguieron desde Smithfield hasta Limestone Road, donde descendieron y caminaron hacia el oeste.

Lucius Harlan se detuvo en la esquina opuesta a aquella casa en la que el anciano y el hombre del abrigo café entraron. Se subió al automóvil y se acercaron aún más a la vivienda, aquella del número 32.

Antes de que pudieran decidir qué hacer, le vieron salir nuevamente y al anciano con él. Conversaron en la entrada durante un minuto y luego estrecharon las manos y se despidieron.

Cuando vieron al sospechoso doblar la esquina, Sdredch salió del automóvil para acercarse al anciano que se había quedado en la puerta limpiando sus lentes. Naoi, mientras tanto, se había despedido

y se dispuso a seguir al objetivo tanto como le fuera posible.

– Disculpe, amigo – le dijo el agente Sdredch al anciano – conoce usted a aquel hombre?

– Eh? Oh, no. Recien lo conozco. Me ha ayudado a traer a casa unas cosas, en una caja que yo no podía cargar.

– Cómo se llama usted? Yo soy el agente Henry Sdredch, de la R.U.C.

– Ah, ya veo. Me llamo James Rankin. Era empleado del Jardín Botánico. Ahora estoy jubilado. Dice usted que es policía? Acaso ese hombre ha cometido algún delito?

– Soy de la división de Homicidios, y sospechamos que ese hombre puede ser el criminal al que estamos buscando. Le ha dicho algo a usted? Ha intentado presionarlo de alguna manera?

– No, no, para nada. Se ha comportado como un caballero. No podría pensar que una persona como él podría cometer un delito.

– Vea, amigo. Cualquier persona puede convertirse en un criminal si se decide a ello. No hace falta ser un "tipo" de persona en particular. Ahora, no le ha dicho nada más?

– Pues me ha prometido volver, sabiendo que estaba solo, en un par de días a ver en qué podría ayudarme, cosa que realmente necesito como puede ver. Yo soy viudo y tengo un hijo que vive en Londres.

– Ya veo – dijo Sdredch, tratando de abreviar la conversación. - Entonces, cuándo cree que le volverá a ver? En dos, tres días?

– Probablemente, pero no estoy seguro.

– Bien, amigo, lamentablemente tengo que advertirle, que él intentará volver a acercarse a usted y no con buenas intenciones.

Pero nosotros estaremos vigilando, y cuando vuelva, lo atraparemos. Mientras tanto usted hará su vida normal, y esperará. Entendido?

– Si, si, de acuerdo – dijo el anciano, confundido por el torrente de información que había recibido en tan pocos instantes.

– Perfecto. Colocaremos un guardia frente a su domicilio. Permanezca tranquilo. Nos encargaremos de él.

Se despidió quitándose el sombrero y entró en el automóvil.

– Bien, Harlan, este es su momento. Si atrapamos a este sujeto, habrá una recompensa para usted.

Lucius no dijo nada. Solo sonrió con escepticismo y puso en marcha el coche.

Por supuesto que la detención de este individuo potencialmente peligroso no era la única preocupación de la fuerza policial, pero estaba entre sus prioridades, más que nada por el desprecio que les generaba alguien que atentaba contra la vida de adultos mayores solitarios.

Desde aquella tarde los agentes Harlan y Atherton habían sido designados para montar guardia en un automóvil estacionado frente a la casa del señor Rankin. Sus esposas les habían provisto de lo necesario para pasar las noches en aquel lugar.

Sdredch y Dawes estaban ocupados, junto con un representante del Gobernador, en el caso de una supuesta turista de nacionalidad suiza, llamada María Maggi de Magistris, quien en realidad era una espía italiana en misión al servicio de su país, y que en un confuso incidente había matado de dos disparos a un carterista que intentó abordarla en

la estación de ferrocarril de York Road. Evidentemente los nervios le habían jugado una mala pasada, y la joven se encontraba en su celda en estado de shock.

Naoi y Siochan, desde lo alto de una terraza contigua, observaban a su objetivo a través de sus binoculares. Naoi había encontrado su domicilio, pero el agente Sdredch le dijo:

– No podemos ir y arrestarle en su casa. Necesitamos que venga a nosotros.

En todo caso, el oficial de la división de Homicidios se había interesado por la agilidad y buen criterio del joven, y agradecía su interés por colaborar. En cuanto a Siochan, ella esperaba sacar provecho de su posición de testigo privilegiado en este asunto para tener una buena historia que contar al periódico que estuviera interesado. Discretamente, ya había hecho algunos movimientos en ese sentido, pero sin dar demasiada información para que otra persona no se le adelantase.

En fin, ambos tenían bastante que ganar. Y por una vez se habían sentido más a gusto acechando a un ser tangible y visible a plena luz del día.

En la mañana del día martes, dos días después del encuentro en el mercado, Naoi y Siochan advirtieron que la puerta se abría y su objetivo salía ataviado con un abrigo de color gris oscuro y un sombrero negro. Antes de ponerse los guantes de cuero, se palpó el bolsillo del abrigo y por un momento pudieron ver el destello contra la luz de un pequeño frasco en su mano.

Naoi y Siochan estaban acostumbrados a pasar fines de semana de excursión en el campo (los que a veces le generaban a ella complicaciones para excusarse de su ausencia en la parroquia) y tenían todos sus bártulos en aquella terraza a la que habían trepado por un acceso que desafiaba sus habilidades de escalada pero que fue el más a propósito que encontraron para montar guardia frente a la casa del presunto asesino. El descenso fue relativamente más sencillo pues no llevaban encima las pesadas mochilas con la que habían intentado subir, y a las que Naoi finalmente tuvo que alzar con una cuerda. Pero que bien había valido la pena el esfuerzo con tal de no perder de vista al espécimen en cuestión.

– Va a tomar el tranvía – dijo Naoi. - Caminemos tras él y subiremos al mismo.

Caminaron, pues, a distancia prudente detrás suyo y en el momento que accedió al tranvía se deslizaron por entre la gente provocando algunas protestas. “Estas parejas de jóvenes atolondrados” dijo alguien.

El asiento al lado del que ocupó el sujeto del abrigo gris estuvo desocupado unos instantes. Uno de los dos debía sentarse junto a él, o lo haría otra persona. Siochan dio un golpe con el codo a Naoi y se adelantó. El hombre, que miraba por la ventana, se dio vuelta y le sonrió levemente. Siochan se estremeció. Era después de todo una agradable sonrisa o lo hubiera sido en otra circunstancia.

Pero no sería lo único, pues durante el trayecto, Siochan se dio cuenta de que el individuo no dejaba de mirarla, con una simpatía rayana en la admiración por su femineidad.

– Bello día, cierto? - dijo al fin. - Así me gustan – agregó mirándola fijamente con sus grandes ojos.

– Si, si, ciertamente – respondió Siochan bajando la vista hacia sus zapatos – Un poco fresco, pero no está mal.

Naoi desde su asiento presenciaba este intercambio de palabras y Siochan al mirarle comprendió su molestia. Se encogió de hombros, movimiento que su vecino de asiento percibió pues se rozaron con los suyos.

– Ese de ahí es su novio? - dijo con amargura en su entonación, como si Naoi no fuera merecedor de ese calificativo. Siochan mintió lo mejor que pudo

– No! Es mi primo. Me está mostrando la ciudad. Yo soy de Armagh.

– Entiendo. Bueno, bienvenida a Belfast, señorita...

– Craden – volvió a mentir. Había visto ese nombre en una caja de bombones en una tienda. - Lily Craden.

– Muy bien, señorita Craden. En donde baja usted?

Dijo "usted" y no "ustedes" como si Naoi no existiera.

– Limestone Road – dijo Siochan con todo el ancho de la boca, pronunciando solemnemente cada sílaba. Ahora él se estremeció, y tosió de una manera que divirtió a ambos, a "Lily" y a su "primo".

– Perfecto – dijo enderezándose otra vez, aunque su voz ya no era la misma – Bajaremos juntos.

Sin planearlo de antemano, Naoi y Siochan habían encontrado una manera de distraerle de la emboscada que se estaba preparando.

Harlan y Atherton, desde el automóvil en el que llevaban dos días de continua vigilancia, sintieron alivio al ver llegar finalmente al hombre al que debían, si podían sin mayor uso de la fuerza, arrestar y conducir a la comisaría. Pero al mismo tiempo les extrañó ver a Siochan fraternizar con el sospechoso, y a Naoi caminando resignado detrás de ellos. El joven movía hacia ambos lados las manos con las palmas abiertas, para advertirles que no interfirieran. La mecanógrafa del Semanario Católico parecía haber tomado toda la situación bajo su control.

Acercándose a la casa donde se suponía que debía encontrar al señor Rankin, él sintió como Siochan se le arrimaba cada vez más, y la vio meter la mano en el bolsillo del abrigo. Él retiró delicadamente la mano de Siochan del abrigo. No podía hacerlo bruscamente como hubiera deseado pues su supuesto primo se encontraba a pocos pasos de ellos.

Llegando a la entrada de la casa se detuvo, pero ella se adelantó unos pasos más y lo invitó a continuar.

– No puedo – respondió él – Me esperan aquí.

– Oh, vamos! Solo hasta la esquina.

– De verdad – murmuró él – Me encantaría, pero...

– No le gusta que le contradigan – dijo Naoi a sus espaldas – Mejor haga lo que ella le dice – agregó riendo.

El sujeto se adelantó hacia ella, que lo miraba con ojos brillantes y le sonreía graciosamente.

Harlan y Atherton descendieron del automóvil y caminaron uno hacia cada lado flanqueando a la pareja y a Naoi, quien bloqueaba la entrada a la casa del señor Rankin.

– RUC! Deténgase y levante las manos!

Siochan pudo ver como su mirada casi amorosa se tornó en angustia, horror y sorpresa. La empujó hacia un lado y corrió hacia la esquina. Los agentes lo siguieron apuntando sus armas pero con buen cuidado de no disparar ante el flujo de transeúntes.

Al intentar cruzar la calle se topó de frente con un automóvil que lo hizo rodar por el suelo. Se incorporó como pudo y siguió su marcha a paso más lento, visiblemente afectado por el choque. Sus piernas no le respondían como antes y empezaba a sentirse exhausto. Otra pareja de agentes se le acercaban desde el final de la manzana.

Vio una sola salida, y estaba en su bolsillo.

Mientras cuatro pistolas apuntaban hacia él, destapó el frasco y se bebió bruscamente el contenido.

Cuando los agentes llegaron a su lado, ya se había librado de ellos.

Siochan y Naoi también acudieron. Los ojos que con deseo y admiración habían mirado a la muchacha ahora estaban cerrados para siempre.

– Maldito cobarde – dijo otro de los agentes quitándose la gorra.

– Mejor que lo hiciera él antes que despacharlo nosotros – respondió Harlan.

Unos minutos después, una camioneta llevaba el cuerpo del individuo a la morgue. Fue identificado más tarde como Jonathan Ludlow, de 45 años. Estaba desempleado, y comerciaba con objetos de valor que extraía a sus víctimas luego de eliminarles, y que luego vendía (si tenía suerte, junto con certificados que también extraía a sus difuntos dueños) en anticuarios y joyerías en diversos puntos del Reino Unido.

Los agentes Harlan y Atherton se dirigieron luego a la casa del señor Rankin, a quien condujeron a la estación de policía para tomar su declaración.

Naoi también les acompañó, pues necesitaría ver a su padre, quien estaba detenido bajo el cargo de "conspiración para cometer un asesinato".

Siochan mientras tanto entró en un pub cercano, donde preguntó por el teléfono, y al tenerlo frente a sí discó el número de su contacto del "Irish Journal".

– Hola, Willie? Esa historia de la que te hablé, la tengo. Entera. Escucha, ven ahora a ...

Gracias a Siochan los fotógrafos del Irish Journal fueron los primeros en llegar al lugar de los hechos, y obtuvieron además declaraciones de los agentes implicados y también del señor Rankin. Y detalles entregados por la misma Siochan como testigo presencial.

El hecho de que hubiera seres sobrenaturales implicados en la historia hacía que el hecho fuera aún más interesante. Y la actuación de Siochan que permitió evitar un nuevo asesinato fue muy elogiada.

– Estaríamos muy equivocados si dejáramos de lado a este joven talento – dijo el jefe de redacción a los directores del periódico. Y con su beneplácito Siochan fue contratada como parte del "staff" del Irish Journal.

Seamus fue declarado inocente del cargo de conspiración, al comprobarse que Ludlow había actuado solo y que Seamus desconocía sus propósitos. Sin embargo, le fue revocada la licencia para vender sus productos en el mercado de Smithfield.

El señor Rankin, al enterarse de esto, le propuso trabajar con él en el inventariado y análisis de especies de flora nativa que estaba preparando. Y al mismo tiempo el agente Henry Sdredch ofreció a Naoi trabajar de manera autónoma pero ligada a la RUC, en la investigación criminalística.

Mientras todos ellos celebraban el buen resultado de sus pesquisas, y respiraban aliviados por haber evitado uno o más crímenes contra los

ciudadanos mayores, María Maggi regresaba a Italia, ahora como doble agente.

SIOCHAN REGRESARÁ EN “SUDOR FRÍO”